En busca de la tercera España

Isabel de Armas

Niceto Alcalá-Zamora: *La victoria republicana (1930-1931). El derrumbe de la monarquía y el triunfo de una revolución pacífica*. Prólogo de Stanley G. Payne, Edición de Jorge Fernández-Coppel, Editorial La Esfera de los Libros, Madrid. 2012, 422 pp.

La trilogía titulada *Los diarios robados del Presidente de la Segunda República,* se desarrolla en tres tomos. El primero, *Asalto a la República*, fue publicado en 2011, y su contenido se centra en los meses previos a la Guerra Civil, desde el primero de enero al ocho de abril de 1936. El segundo, que aquí comentamos, ha visto la luz el presente año. Titulado *La victoria republicana (1930-1931)*, recoge el derrumbe de la monarquía y la llegada de la Segunda República. El tercero, aún por publicar, comienza en mayo de 1932 y abarca el período estrictamente revolucionario y constituyente republicano, «en que por la fuerza de las circunstancias –escribe Alcalá-Zamora en nota preliminar– y sin haberlo buscado con insistente ni deliberada ambición me toca ser protagonista humilde, pero protagonista al fin». La vida de estos documentos ha sido tortuosa: fueron robados y luego secuestrados, reencontrados, secuestrados otra vez y finalmente publicados. Esta rocambolesca historia ya la contamos con mayor amplitud en el nº 740 de *Cuadernos Hispanoamericanos*.

En este tomo, Alcalá-Zamora presenta sus memorias del Comité Revolucionario republicano y de la primera fase de la Segunda República. «Era bastante extraño –escribe en su prólogo Stanley G. Payne– que un hombre de ley como don Niceto se convierta en uno de los líderes principales de un movimiento subversivo». El autor de estas memorias creía que su actitud estaba totalmente justificada porque la monarquía de Alfonso XIII había reconocido la dictadura de Primo de Rivera por más de seis años, aunque

en 1930 tratara de volver a la normalidad constitucional. Él propuso restablecer la ley y el gobierno constitucional por un acto revolucionario. «Esto no es imposible», comenta Payne, y añade: «Creía además que la revolución tenía que ver con un solo acto o fase, la instauración de una República constitucional. No entendía que una revolución es un proceso, no un acto, algo que aprendería solamente muy tarde, cuando ya se viera a sí mismo arrollado por el proceso en abril de 1936».

Alcalá-Zamora tenía la idea, que siempre proclamó y nunca ocultó, de una República con una Constitución de consenso; que estableciese el laicismo de Estado, pero que reconociese de alguna forma la especial realidad de la Iglesia en España; que contemplase la posibilidad de la autonomía regional; una Constitución que creara un parlamento bicameral, con un Senado que actuase de contrapeso moderado al poder del Congreso; una Constitución que definiera con precisión y rigor jurídicos el equilibrio entre los distintos poderes del Estado; y una ley electoral que diese más peso a los partidos y grupos pequeños frente a las grandes concentraciones y coaliciones políticas.

De estas memorias tiene especial interés la narración de las actividades del Comité Revolucionario, que rechazó cualquier compromiso o negociación e insistió en imponerse de un modo u otro, algo que al final consiguió. El presente tomo relata las reuniones de San Juan de Luz, Hendaya y San Sebastián, allí se determinó el célebre pacto conocido con ese nombre. El Comité Ejecutivo quedó compuesto por Alcalá-Zamora, Azaña, Casares Quiroga, Prieto, Galarza y Ayguadé. Entonces llegó la hora de poner pies y manos al proyecto, es decir, cómo financiarlo. Con amplia dosis de optimismo y buen humor fueron solventando los problemas económicos. Alcalá-Zamora escribe con su floreado y característico estilo: «Así la República nació limpia de sospechas, su hacienda libre de compromiso, su economía dueña de sus destinos y la soberanía inmaculada y plena». En esta primera etapa de euforia, don Niceto canta las glorias de Lerroux, que había quedado fuera de aquel recién estrenado Comité Ejecutivo. Dice textualmente: «Justo es tributar a Lerroux la justicia especial que se le debe por los sacrificios singulares que su acomodamiento y facilidades representaron. No hubo la menor resistencia a una colaboración

subordinada y a ratos secundaria en la preparación de los trabajos revolucionarios, en la fijación de acuerdos o programas y aun en el trazado o noticia de los planes». En tres años todo esto cambiaría, y el líder del partido radical pasaría a ser uno de sus grandes enemigos. Así lo expresa en las páginas de la primera entrega de sus memorias: En Azaña sólo veía una soberbia insoportable. Desconfiaba profundamente de Lerroux, hasta rozar casi en la animosidad personal, un sentimiento sin duda mutuo. Desconfiaba igualmente de Gil Robles y la CEDA.

En este tomo destaca el relato del periodo que él y los suyos pasaron en la cárcel, y los privilegios y comodidades de las que disfrutaron. Recordemos que los miembros del Comité fueron detenidos después del intento de pronunciamiento fallido del 15 de diciembre de 1930. Los republicanos pensaron traer el nuevo régimen a través del conocido pronunciamiento militar y contaron con simpatías dentro del Ejército, pero no con las suficientes. «Los llamados en broma Consejos de Ministros –cuenta el reo Alcalá-Zamora– lo eran en realidad. Tenían una primera parte dedicada a contrastar las noticias recibidas durante el día sobre posibilidades revolucionarias y a coordinar esfuerzos. Luego continuábamos con método y paciencia la reconstrucción de los acuerdos sobre programa del futuro Gobierno Provisional». Más adelante, siempre optimista, escribe: «No éramos sólo nosotros, ni la masa en su clarividencia, natural, quienes nos dábamos cuenta de que la dirección de la vida política española había sido encerrada con el Comité Revolucionario dentro de la cárcel. Lo veían también así unas cuantas personalidades de claro juicio y alto relieve que se interesaban por los asuntos de España». Tras cantar las glorias a la totalidad del proceso judicial, de su final carcelario comenta eufórico: «Aún desorientado el pueblo por la rapidez de nuestra salida, aún sorprendido con la insólita hora de la tarde, porque se aguardaba la de la noche y ya durante la anterior hubo en las afueras vigilancia voluntaria de entusiastas, nuestra salida fue un acontecimiento indescriptible».

Llama la atención el benévolo retrato que don Niceto hace de Fermín Galán, el exaltado militar izquierdista republicano, que con su compañero García Hernández decidieron adelantar el pronunciamiento principal alzándose el día anterior, en Jaca. Ambos

fueron rápidamente juzgados y fusilados, pasando a ser los dos protomártires de la República. Ante esta dura realidad, la postura de Alcalá-Zamora es fundamentalmente compasiva. Llama aun más la atención y sorprende, que su actitud no sea la misma ante el asesinato, por parte de Galán, del general De las Heras, y de otros militares muertos a manos de los golpistas.

Una de las partes más importantes de este libro es la descripción de los primeros días de la recién estrenada República. «La revolución había triunfado sin disparar un tiro ni atropellar a nadie», escribe el autor de este diario. «La revolución fue tan pacífica y la multitud tan noble –insiste– que la última noche de la familia destronada en palacio, no ofreció peligro ni sobresalto». Ante la marcha de Alfonso XIII, sus palabras son implacables: «...sin tener que agradecer nada a la sumisión tardía, inevitable, egoísta y pequeña del ex-rey fugitivo: No se va, lo hemos echado».

La legitimidad de la República sería aceptada por la mayoría de los españoles, y por la comunidad internacional. Pero los días gloriosos de su instauración duraron poco. El primer drama político de Alcalá-Zamora aparece en mayo de 1931 con la «quema de conventos». Don Niceto siempre prestó mucha atención a las relaciones con la Iglesia, y aquí se recogen documentos que lo constatan, algunos inéditos. Azaña fue el principal responsable de que la quema de iglesias y conventos prosperara. Con pena e indignación, el recién estrenado Presidente lo apunta: «Fue Azaña, y una dolorosa verdad me obligó a proclamarlo, quien en la enorme dificultad provocó la más grave crisis que amenazaba al gobierno provisional y asumió con ello responsabilidad considerable y decisiva, no en la iniciación pero sí en el desenvolvimiento de los hechos que habrían quedado atajados en los dos primeros incendios de Madrid».

El gran objetivo del Presidente de la Segunda República fue, no se cansó de repetirlo, «centrar la República». «Pero fracasó totalmente en el empeño –afirma Payne en el prólogo de este tomo–, y ese fracaso fue fatal para la República misma». Se pregunta entonces: «¿Por qué fracasó en su gran objetivo?» «¿Fue un objetivo posible, realista?» Como tantos otros historiadores, el hispanista inglés se inclina por un claro «no», dadas las intenciones de la mayor parte de las izquierdas de crear un régimen exclusivamente

de izquierdas, el empeño de la CEDA más tarde en construir un régimen alternativo de derechas, y las intenciones, tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha, de destruirlo todo. Payne también ve que era muy difícil centrar un régimen en cuyas elecciones los numerosos partidos de centro no ganaban más que aproximadamente el 25 por ciento del voto. «Reconociendo ese hecho –escribe–, Alcalá-Zamora trató de usar los poderes de la Presidencia, con el peso añadido de un centrismo minoritario, para influir en todo el proceso político y formar gobiernos más equilibrados». Pero sus varios intentos de alentar la formación de un gobierno republicano de unidad amplia fallaron.

El autor de estos diarios, precoz representante de la «tercera España», se vio muy solo y desamparado en su tarea de aportar racionalidad y moderación a la vida política. Pasada la euforia del derrumbe de la monarquía y los contados días gloriosos del triunfo de una revolución pacífica, todo se vino abajo. El propio Presidente de la Segunda República nos lo cuenta, con todo lujo de detalles, en estas esclarecedoras memorias.